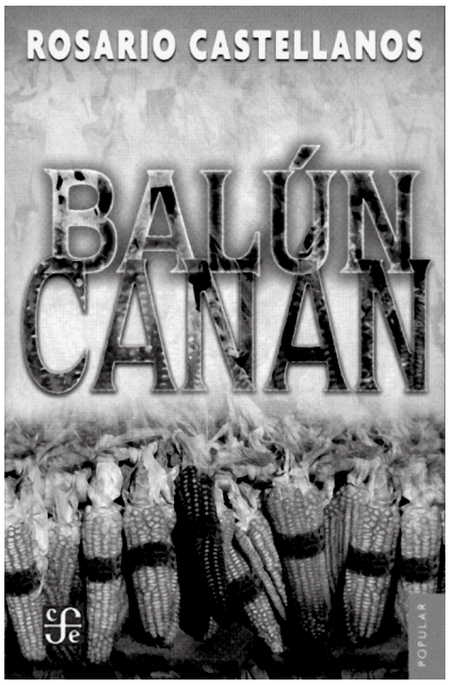
La metáfora en *Balún-Canán*

Helena Díaz Page

John S. Brushwood afirma que difícilmente el lenguaje que emplea Rosario Castellanos en *Balún-Canán* corresponda al de una niña. Puede estar en lo cierto; sin embargo, en esta novela conviven dos focalizaciones en tres partes. Durante la primera parte, la autora adulta lanza la madeja de su memoria hacia atrás, al tiempo de su infancia, de donde abreva recuerdos y sensaciones de niña. Así, el lector se da cuenta de que las percepciones, emociones y sentimientos expresados y focalizados a través de la niña, fueron recabados durante la infancia.

Mientras que la segunda parte del libro está enunciada por un narrador adulto omnisciente, en la tercera vuelve a narrar la niña, aunque ya sin la inocencia y frescura del principio; la narradora-niña ha "envejecido"; su interior se ha marchitado a raíz de diversas experiencias traumáticas (ver al indio herido a machete, la imagen del Cristo martirizado, las bofetadas y el rechazo de su madre, las conversaciones de sus mayores contra los indios, la lectura del cuaderno con el relato sobre los Argüello, los graves acontecimientos de Chactajal, las diferencias que le marcan entre ella y Mario, los maltratos hacia los indios, las clases "oscuras" del catecismo, las supercherías, la soledad…). Por ello, es sobre todo en la primera parte del libro donde encuentro una sensibilidad clara y transparente, inocente, propia de la diafanidad de la niñez, aunque desde entonces el alma de esta niña comience a poblarse de pesadillas.

Comentaré a continuación dos fragmentos que me parecen representativos de esa alerta frescura infantil:



> Los balcones están siempre asomados a la calle, mirándola subir y bajar y dar vuelta en las esquinas. Mirando pasar a los señores con bastón de caoba; a los rancheros que arrastran las espuelas al caminar; a los indios que corren bajo el peso de su carga. Y a todas horas el trotecillo diligente de los burros que acarrean el agua en barriles de madera. Debe de ser tan bonito estar siempre, como los balcones, desocupado y distraído, sólo mirando. Cuando yo sea grande…[1]

Sabemos, por el texto que precede a este párrafo, que la niña camina por la calle de la mano de su nana al tiempo que observa el mundo a su alrededor. En el párrafo citado los balcones están personificados; la prosopopeya nos indica cómo "están siempre asomados a la calle". En esta parte la niña observa desde abajo los balcones que sobresalen y ella los imagina como los ojos de casas y edificios. Estos ojos se fijan en la calle "mirándola subir y bajar y dar vuelta en las esquinas". Simultáneamente, hay una proyección inversa de esta mirada, pues las escenas que transcurren ante sus ojos (rancheros, indios, trotes de burro) las describe como las recuerda desde arriba cuando ha estado mirando desde ese punto. Así, la niña-observadora se coloca en el lugar de los balcones y se convierte un poco en ellos. La niña-balcón, con su mirada panorámica, nos abre una ventana general a la sociedad clasista y piramidal de Comitán, Chiapas a finales de la segunda década del siglo XX: Empezando desde arriba, los ricos aristócratas son "los señores con bastón de caoba"; enseguida ve a los laboriosos "rancheros que arrastran las espuelas al caminar"; más abajo en la escala social, "los indios que corren bajo el peso de su carga", (no sólo física sino social y cultural); y "corren" porque acabando una faena deben seguir otra y otra y sus dueños los apuran. Al final de la estructura social están los animales: "Y a todas horas el trotecillo diligente de los burros que acarrean el agua en barriles de madera". En esta oración el indio y el animal están igualados; ambos son animales de carga. El indio realiza su trabajo con cuidado y esmero; lleva, como el burro, un "trotecillo diligente", igual al de "los burros que acarrean el agua en barriles de madera". Pero quienes hacen los barriles son los indios; quienes llevan a los burros a los ríos son los indios; quienes llenan

[1] Rosario Castellanos, *Balún-Canán*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004, p. 13.

© Rogelio Cuéllar

Rosario Castellanos

los barriles son los indios; quienes cargan a los burros son los indios; quienes los jalan son los indios. Por otro lado, en el mismo párrafo se expresa un pecho infantil oprimido y un velado deseo de liberación: "Debe de ser tan bonito estar siempre, como los balcones, desocupado y distraído, sólo mirando". Y termina con una frase incompleta: "Cuando yo sea grande…", frase que el lector interpreta como una voz que espera liberarse en el futuro. En una suerte de animismo, para el contexto de este párrafo, el lector intuye que la frase podría concluir con un liberador pero triste: "Cuando yo sea grande, seré un balcón desocupado y distraído…".

Veamos otro párrafo interesante:

> […] Lo metieron en un ataúd de ocote, pequeño para su tamaño, con las junturas mal pegadas por donde escurre todavía la sangre. Una gota lentamente va formándose, y va hinchiéndose la otra. Hasta que el peso la vence y se desploma. Cae sobre la tierra y el estiércol que la devoran sin ruido. Y el muerto está allí, solo.[2]

[2] *Ibidem*, p. 32.

Este párrafo corresponde a la narración de la niña, cuando ve llegar a Comitán al indio de Chactajal cargado en parihuela con la mano casi desprendida de un machetazo y que finalmente muere. Éste es un claro ejemplo de cómo mediante el poder de observación de la pequeña, entra, en su alma y en la del lector, una inmensa cantidad de información sobre el mundo en el que ella vive. Recordemos que la observadora es una niña de siete años cuyo subconsciente está siendo vulnerado constantemente con imágenes visuales, sonoras, imaginativas, etcétera. La frase "Lo metieron en un ataúd de ocote" aporta información de que el muerto no tiene ninguna importancia para nadie porque su sencillo ataúd es de madera barata. "Pequeño para su tamaño" nos habla sobre la rapidez con la que los indios construyen la caja con el material a mano, rebasados de trabajo y urgidos por sus patrones; "con las junturas mal pegadas por donde escurre todavía la sangre" es una imagen de patetismo que refuerza la prisa de los indios y la total ausencia de caridad de parte de los patrones; aunque este indio dio su vida por estar de su lado, no se le considera de ninguna manera. Ni siquiera tiene el valor de una bestia.

Los tres enunciados siguientes: Una gota lentamente va formándose, y va hinchiéndose la otra. Hasta que el peso la vence y se desploma. Cae sobre la tierra y el estiércol que la devoran sin ruido. Proyectan a la perfección el punto de vista de la niña; sus ojos quedan a la altura de las hendiduras del féretro, tan cerca, que puede ver con detenimiento el proceso de caída de una gota de sangre. Sale lentamente de la hendidura de la madera, va dilatando su tamaño hasta que cae y se vuelve a formar otra que de igual forma cae. La tierra y el estiércol aceptan la sangre como metáfora de un proceso natural. La siguiente frase: "Y el muerto está allí solo" denota sorpresa, pero también cierta resignación de algo que siempre pasa así. Todos han abandonado al muerto: los indios por el trabajo y los patrones porque no les interesa.

Los párrafos de *Balún-Canán*, como la gota de sangre de la cita anterior, están pletóricos de significado implícito que, junto con la niña, el lector va acumulando en su alma hasta llegar a comprender a cada uno de sus personajes y a aceptar su realidad.